

## PRIMO LEVI: ENTRE MEMORIA Y AMNESIA

Dulce Ma. Zúñiga

La Italia de la primera mitad del Siglo XX se vio conmocionada no sólo en su historia y su organización política y social. La Gran Guerra marcó un desvío decisivo y traumático en un país de reciente formación. Este periodo fue marcado en una de sus vertientes, por un género literario invadido por la nostalgia (de Alberto Sabino a Antonio Baldini, de Ardegno Soffici a Gianni Stuparich) y, en otra, por un género resueltamente modernista y optimista, con F.T. Marinetti y los futuristas o Massimo Bontempelli, quienes rechazan toda forma de psicología o sentimentalismos en su obra. Las excepciones son igualmente formidables, como las novelas de Italo Svevo, o la obra del Vate del Vittoriale, Gabriele D'Annunzio.

La Segunda Guerra mundial trajo consigo el neorrealismo, tanto en la novela como en otras artes, especialmente el cine. Conciencia social, ironía, crítica en tono amargo, humor negro en el margen ambiguo de lo grotesco, se encuentran en la obra de escritores como Pratolini, Flaiano, Brancati y tantos otros. Primo Levi representa un caso singular en el mundo literario italiano reconstruido después de la caída del fascismo. En principio, es parte de esa categoría rara de escritores que tienen formación en ciencias exactas, como Musil y Gadda. Una sección de su obra explora con habilidad y sutileza su experiencia de químico, su mirada observa al mundo con la óptica racional del científico.

Primo Levi ganó notoriedad en 1947 con la publicación en una pequeña editorial de *Se questo è un uomo*. Reeditada por Einaudi en 1956, la novela-testimonio no ha dejado de conocer el éxito. Levi narra ahí su arresto el 13 de diciembre de 1943 y su reclusión en Fossoli, la violencia y la humillación físicas sufridas durante el posterior viaje a Auschwitz y la vida cotidiana en el campo de exterminio. La progresión de la historia corresponde a las etapas del recorrido: del descubrimiento de un aspecto inimaginable de las relaciones humanas a la progresiva adaptación a un sistema operante más allá de lo concebible. El hambre, el frío, los golpes, la amenaza diaria de las “selecciones”: muchos han narrado ese infierno, reclamando venganza. Primo Levi se limita a exponerlo. No hay rastro en su escrito, de deseo de revancha. A la pregunta ¿Usted ha perdonado? responde con un importante texto escrito en 1976 y agregado como apéndice a *Se questo è un uomo*:

“El odio es bastante ajeno a mi temperamento. Me parece un sentimiento brutal y grosero y , en la medida de lo posible, prefiero que mis pensamientos y mis actos sean inspirados por la razón (...) Debo agregar que el odio es personal, dirigido contra una persona, un rostro; nuestros perseguidores no tenían nombre, no tenían rostro, eran lejanos, invisibles, inaccesibles. Prudentemente, el sistema nazi hacía las cosas de tal manera que los contactos directos entre los amos y los esclavos fueran mínimos.” En la época en que este libro fue escrito, 1946, el nazismo y el fascismo parecían realmente no tener rostro, parecían haber regresado al vacío, que se habían desvanecido como un sueño monstruoso, como los fantasmas que desaparecen al canto del gallo. ¿Cómo hubiera yo podido sentir rencor contra un ejército de fantasmas, y querer vengarme de ellos?<sup>1</sup>

No hay sentimiento de venganza en Primo Levi, tampoco originalidad en cuanto al tema: Levi no revela nada del universo de los campos de concentración que no hayan narrado otros, pero ¿por qué este guardián de la memoria, cuyos escuchas no dejan de aumentar, es excepcional? ¿En qué se diferencia su visión de la de los otros? Ese misterio se relaciona con – si se me permite usar este término tan trillado- al *estilo*. Al leerlo, uno se sorprende por su elegancia, la talla de su espíritu, por una especie de heroísmo que surge de su rechazo de todo lirismo, de toda vehemencia. Redacta *Se questo è un uomo* con un desapego perfecto. Sus palabras se levantan de las cenizas frías de Auschwitz para decir lo inhumano con palabras humanas. Como símbolo, el episodio en que Primo-personaje intenta desesperadamente traducir al francés para sus compañeros, el canto de Ulises en la *Divina Commedia* . En este intento angustiante de traducir aparece la condición mortal de la incomunicabilidad, uno de los temas dominantes del libro. Inicialmente en su nivel más elemental: hay que conocer la lengua para comprender las órdenes que se les gritan y tener una probabilidad de obedecer para sobrevivir. Por otro lado, no poder comunicarse es la negación total de la solidaridad.

Primo Levi traduce en anécdotas esa inexplicable crueldad “improductiva”, la muerte planeada y absurda. Mientras a su alrededor los kapo humillan, torturan, queman y se aplican a quitar a sus prisioneros toda dignidad antes de enviarlos al crematorio, la voz de Levi se eleva, sobria, nítida, medida. Este judío tímido, pequeño y miope, verifica en doscientas páginas la sentencia de Pascal: “Toda la dignidad del hombre está en su pensamiento”.

Cada uno de los 17 capítulos de *Se questo è un uomo* se desarrolla y se ordena alrededor de una situación dominante, según el mismo procedimiento utilizado más tarde también en *El Sistema periódico*.

---

<sup>1</sup> Levi, Primo, prefacio a *Se questo è un uomo*, Einaudi, Turín, 1976.

En pleno infierno, “en el umbral de la oscuridad y del terror de un espacio no terrestre” los hombres iban perdiendo el cabello, el honor y hasta el nombre. En Auschwitz Primo Levi formuló por primera vez la pregunta que resonaría en sus tímpanos por más de cincuenta años: ¿Se dan cuenta de la prueba grotesca y absurda que nos imponen, a nosotros que ya casi no estamos vivos, a nosotros a quienes la espera tediosa del vacío ha vuelto medio locos? <sup>2</sup>

En octubre de 1944, Levi es seleccionado para trabajar en el laboratorio de la fábrica de caucho, ahí encuentra las condiciones (aunque precarias) para escribir. El gesto de escribir, a riesgo de perder la vida, le ayuda a guardar la memoria de su ser, se convierte en un espacio reparador. Antes que nada, como testimonio para sí mismo, enseguida para el Otro, cualquier ser humano exterior al infierno. Quiso colocar un espejo para reflejar las imágenes degradadas que el orden del campo de exterminio sin cesar imponía y multiplicaba. Ningún odio, ningún exceso en la escritura de Primo Levi: el exceso estaba en los hechos. La operación pedagógica emprendida por el escritor turinés provoca un grito en el lector: su técnica consiste no sólo en suspender la condena y el juicio. No hay en el texto el espectáculo del dolor personal, hay la reflexión moral sobre el dolor como experiencia suprema de la humanidad: un sentimiento rebasado poco a poco por su conciencia, sublimado por una visión general de la vida. La actitud modesta de Primo Levi frente a la página en blanco, su respeto por la palabra, le han permitido escapar a todas las tentaciones: en un libro donde abunda la reflexión moral, uno puede buscar en vano el moralismo genérico que cae frecuentemente en lo oratorio o en lo sentencioso. Y, en presencia de una realidad desgarradora, no se encuentra jamás un abandono sentimental plañidero. De una situación inmoral, inhumana, Primo Levi extrae la exigencia de un humanismo fundado en la moral de la historia.

Otro de sus libros más celebrados es *Il sistema periodico*,<sup>3</sup> cuyo título, hace referencia a la tabla de Mendeleiev. Al igual que la tabla de los elementos, el libro se rige según un orden doble, horizontal y vertical, incluyendo casillas vacías. Los 21 relatos que lo componen se inscriben en la progresión de una historia, desde sus antecedentes hasta el instante del presente de la escritura. Cada relato, por otro lado, tiene una fisonomía propia, signada por un elemento químico cuya característica cristaliza la materia narrativa. En los extremos de la trayectoria el argón y el carbono, el gas noble y el elemento indispensable para la vida. La inercia del

---

<sup>2</sup> Levi, Primo, op. cit., p. 121.

<sup>3</sup> Levi, Primo, *Il sistema periodico*, Einaudi, Turín, 1975.

primero evoca por similitud al pasado que se desvanece en la noche del olvido y hace surgir de la sombra la comunidad judía del Piamonte, donde están las raíces del autor. La vitalidad del segundo inspira una serie de migraciones del átomo de carbono que simbolizan el acto de la escritura, presidido por la voluntad y el azar. La química, lejos de oponerse a la literatura, la impregna y la nutre, en el caso de Primo Levi. Es motivo dominante y el hilo conductor de los relatos. Para Levi el pensamiento científico es un método que lo induce en todo momento a experimentar y comprobar si en la fórmula escrita se verifica la hipótesis. De alguna manera, la química se vuelve el antídoto del fascismo para Primo Levi. Esta obra combina referencias científicas con episodios y experiencias del escritor, lo que hace de ella una suerte de autobiografía intelectual a la vez un documento sobre la época, a medio camino entre la ficción y la realidad. Gracia y exigencia ética son las constantes en este libro donde se solaza la poesía de la química.

En 1987 el escritor norteamericano Philip Roth publicó una interesante entrevista a Primo Levi en *Lettre internationale*. Roth ve en Levi a un “científico sensato” propulsado “al laboratorio de un científico loco”. El interpelado responde que vivió su vida en el campo de concentración “tan racionalmente como pudo”, y que sus libros son calcas de los reportes semanales de las empresas. Más allá de la moderación que lo convierte en uno de los mayores ejemplares de la “resistencia”, Levi proclama que Auschwitz no le quitó el deseo de vivir. Su pasión por la química le permitió salvaguardar “un islote de razón contra la demencia del fascismo” y nutrir su meditación sobre las situaciones extremas a las que son orillados los hombres. Determinó los contornos de una zona gris donde “el bien y el mal no están netamente delimitados, donde las víctimas y sus perseguidores se encuentran a veces del mismo lado”. Vio en la vida del campo un lugar privilegiado para establecer lo que es innato y lo adquirido en el comportamiento de un hombre enfrentado a la lucha por la vida.

De regreso en Italia, después de errar anárquicamente por Europa del Este (aventura narrada en su novela *La Tregua*, 1953), se enfrenta a la indiferencia de su conciudadanos, poco dispuestos a rememorar los arranques antisemitas de Mussolini.

El peligro de la amnesia se vuelve obsesionante para Levi quien se asume antes que nada como escritor pero también como memorialista. Es el tema del primer cuento del volumen *Storie naturali*, de 1966. El doctor Morandi conoce a un viejo médico de nombre Montesano quien le dice que, gracias a sus conocimientos en farmacología, consiguió hacer

funcionar un procedimiento científico para impedir la pérdida de los recuerdos, dice: “Yo, por mi naturaleza, no puedo pensar sin horror que uno solo de mis recuerdos se pueda borrar, adopté todos esos medios e inventé un nuevo método. (...) Es lo que llamo mnemagogos o suscitadores de recuerdos”.<sup>4</sup> Cada uno de los 50 frascos conservados por el anciano contiene un olor particular que evoca un momento clave de su vida, como especie de fotografías olfativas.

Otro tema que obsesiona a Primo Levi es la modernidad, el progreso tecnológico. Él, hombre de espíritu positivo y dispuesto a creer en el avance científico, observa las aplicaciones de la tecnología en la vida diaria y se inquieta. Narra una serie de fenómenos imaginarios que frenarían la carrera tecnológica: un virus que ataca los automóviles, un líquen que se apodera de las máquinas, un átomo enloquecido que trastorna los electrodomésticos, y otros sucesos similares. Extrapola los descubrimientos más sensacionales del microcosmos científico como la clonación, por ejemplo, que se transforma en su relato en una industria llamada Mimeto, de donde surgen inventos tan fantásticos como atroces. Todas las narraciones de *Historias naturales*, traducen una preocupación profunda sobre los fines de la investigación científica, sus aberraciones y el peligro que representa para la vida cotidiana.

En 1982, termina *Ad ora incerta*, libro en que se presenta como una especie de portavoz de quienes combatieron contra la opresión. Esos judíos llegados de todos los países bajo el dominio alemán intentaron lo imposible por liberarse. Al final de su vida, Primo Levi, vuelve a reflexionar sobre la Resistencia (formó parte del grupo Giustizia e Libertà) y sobre sus años de juventud vividos en el fascismo.

En *I sommersi e i salvati*, publicado en 1986, expone su inquietud no sólo por el olvido de la amplitud de la masacre judía, sino también por el posible resurgimiento de un fenómeno similar. Su conclusión está saturada de aprensión y angustia a causa de las guerras que tuvieron lugar en distintas partes del mundo después de 1945, genocidios como el de Camboya y el surgimiento de teorías sociales que justificaban la violencia son el origen de su preocupación. Primo Levi recapitula en este libro los grandes mecanismos que presidieron la gestión de los Lager alemanes, las actitudes de los prisioneros y sus verdugos e intenta poner en evidencia los mecanismos montados para aniquilar a los seres humanos antes de hacerlos desaparecer

---

<sup>4</sup> Levi, Primo., *Storie naturali*, Einaudi, Turín, 1966, p. 85.

borrando minuciosamente todo rastro de su paso por el mundo. A medida que los testigos de la tragedia se desvanecen, el horror le parece mayor y el desasosiego más opresor.

En *La tragédie d'un optimiste*<sup>5</sup>, la primera biografía monumental dedicada a Primo Levi, su autora, Myriam Anissimov perfila con abundancia de detalles la figura del narrador. Anissimov, nacida en un campo de refugiados en Suiza, realiza una investigación precisa, plena de referencias, anécdotas y episodios cotidianos. De esta biografía surge la imagen de un Primo Levi que nada, jamás, degrada: Siempre con una mirada incrédula ante la noche de Auschwitz, pero con la cabeza despegada de los pies ensangrentados.

A pesar de la buena acogida internacional que poco a poco logran sus libros, a pesar de su reconciliación progresiva con su medio cultural, Primo Levi se reprochaba a sí mismo haber sobrevivido. Estaba obsesionado con la idea de que los sobrevivientes habían tomado el lugar de los “mejores”. En esos momentos su fe en la razón cedía ante la presciencia de un caos que intentaba conjurar en sus poemas. Desde su perspectiva de hombre de ciencia denunciaba los límites del ser humano: “¿Uno es lo suficientemente sabio para saber evaluar si del hombre que se incubaba en nosotros puede salir una paloma, una cobra, una quimera o tal vez nada? Entre los motivos que encontraba aún para seguir vivo, anteponía la suerte, pero precisaba: “Lo que también tal vez influyó fue la voluntad que conservé tenazmente, inclusive en las horas más oscuras, de ver siempre en mis compañeros y en mí mismo que éramos hombres y no cosas y así evitar la humillación, la desmoralización totales que para muchos desembocaban en el naufragio espiritual.”<sup>6</sup>

El naufragio lo alcanza fatalmente. En 1986, confía a su amigo Fernandino Camon: “Hubo Auschwitz, no puede haber Dios”. Al año siguiente, deprimido, acompañado de su madre senil y de su suegra ciega, recae en el territorio hostil de la “zona gris” del campo, rememorada con obsesión. Este optimista, este sabio, humanista empecinado, este “perdonador” se entrega a la muerte saltando desde la ventana de su departamento en un tercer piso en Turín. Esto hace recordar inevitablemente la frase inquietante que había escrito Primo Levi en 1946: “Nadie pensaba (...) que atrapar la difteria en las condiciones en las que estábamos, significaba ir más seguramente a la muerte que saltar de un tercer piso.”<sup>7</sup>

---

<sup>5</sup> Anissimov, Myriam, *La tragédie d'un optimiste*, Denoel, París, 2000.

<sup>6</sup> Levi, Primo, *I sommersi e i salvati*, Einaudi, Turín, 1986, p. 82.

<sup>7</sup> Levi, Primo, *Se questo è un uomo*, ed. cit. p. 121.

Nadie sabrá nunca qué motivos le orillaron a dar el salto al vacío. Sin duda, a fuerza de luchar para que no cayeran en la amnesia las imágenes monstruosas de su experiencia, a fuerza de manipular las fórmulas de la duda y la desilusión, terminó por entregarse a la depresión que permea sus escritos; sin duda, por su voluntad feroz de recordar a sus contemporáneos la invención más detestable del siglo XX, para que no se caiga en el olvido indiferente, para que permanezca en la memoria y no se repita.